

Historia de la integración europea

Ricardo M. Martín de la Guardia,
Guillermo A. Pérez Sánchez (coordinadores)
 (Barcelona, Ariel, 2001), 293 págs.

Paneuropa. Dedicado a la juventud de Europa

Libros

R. N. Coudenhove-Kalergi
 (Madrid, Tecnos, 2002; edición y estudio preliminar de Ricardo M. Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez), 178 págs.

La integración europea ha sido uno de los fenómenos más asombrosos de la historia del siglo XX. El siglo de la guerra total, del totalitarismo, de las revoluciones, del genocidio y del arma nuclear, fue también el siglo de transformaciones positivas y esperanzadoras para el sistema internacional. En este último sentido, la integración europea destaca como un fenómeno casi unánimemente reconocido y aplaudido. Se citan muchas veces sus grandes hitos, desde el Tratado de Roma de 1957 en adelante, aunque casi siempre como si el conocimiento de los hechos estuviera rodeado de una nebulosa. En cierta manera lo está. La historia de la integración europea carece del dramatismo de lo que sería, por ejemplo, un estudio sobre los conflictos europeos en el siglo XX. Para la integración, no existen hitos ni remotamente tan dramáticos como una guerra mundial. No por ello es menos fascinante para el estudioso, que puede comprobar que, aunque el conflicto es una de las constantes de la historia, la construcción de la coexistencia y la cooperación también lo han sido.

De ahí que sea bienvenido para el lector de habla española la aparición de este volumen de los profesores De la Guardia y Pérez. Escrito en lenguaje sencillo, sin elaboraciones pedantes, sin no-

tas aunque con bibliografía complementaria en cada capítulo, es una excelente combinación de manual con historia general. Los autores se sienten a gusto en la materia y saben mucho más de lo que escriben. A veces, desde el punto de vista del lector, esto es un inconveniente ya que, por ejemplo, le cuesta buscar la fecha exacta del Tratado de Roma (25 de marzo de 1957), para preparar una clase, escribir un artículo o simplemente saberlo.

Siempre se ha destacado como la cuasi destrucción de Europa por la Segunda Guerra Mundial y la urgencia ante la amenaza soviética aceleraron una cooperación que de otra manera hubiera sido mucho más lenta. Existía una historia intelectual previa. Los autores, que cooperan en el primer capítulo, tienen el acierto de hacer una fina reseña acerca de las ideas europeístas en el período de entreguerras, y de sus antecedentes en los siglos anteriores, más numerosos de lo que aparecería a primera vista.

El siguiente capítulo, debido a la pluma de Pedro Martínez Lillo, es una historia general de las condiciones de Europa en la inmediata posguerra, en ese período que va desde la rendición alemana hasta el Tratado del Carbón y el Acero, el 18 de abril de 1951. Esta parte es una cuidadosa construcción de un período de enorme complejidad, donde cada frase, referencia, resumen y narración están rigurosamente pensados para explicar el momento histórico. Este fue el escenario frente al cual se levantaría la construcción de la creciente cooperación intraeuropea, en lo que consiste básicamente el proceso de integración.

Los capítulos siguientes tratan específicamente del proceso de integración a partir de acuerdo Schuman (el célebre ministro francés que firmó el Tratado del Carbón y del Acero, de 1951) hasta los años noventa. El capítulo tercero se debe a José María Beneyto y a Belén Becerril Atienda, y trata de la historia de los acuerdos hasta llegar al año 2000. El capítulo cuarto, de Juan C. Gay Armenteros, ve la misma historia, pero desde el punto de vista de las ampliaciones, desde los seis miembros originales a la “Europa de los Quince”. Tiene este último capítulo entonces una perspectiva más bien política, aunque no está clara la división con el anterior.

Le sigue un capítulo de la pluma de Antonio Moreno Juste, una historia de las relaciones de España con la integración europea, de 1945 hasta la actualidad, que tiene como centro las difíci-

les y por un tiempo aparentemente imposibles negociaciones por ingresar a la entonces Comunidad Europea. Esta información es muy difícil de encontrar en nuestras bibliotecas, y por ello es un aporte especialmente apetecido para el lector. Más conocido aunque de todas maneras muy bien organizado y completo, viene el último capítulo, que trata de los problemas y pasos que supone la integración de los antiguos países del “Este”, debido a Ricardo Martín. En su conjunto, es un libro de consulta obligatoria en nuestro medio y hay que reconocer el gran aporte de los coordinadores. Todo el proceso de integración se encuentra detallado y con una explicación lógica.

No es extraño que este fenómeno despierte tanta curiosidad. La incesante integración europea ha sido uno de los fenómenos nuevos más atractivos de la historia del mundo en el siglo XX; fue el contrapunto del “siglo de la guerra total”. Con todo, ha suscitado resistencias y los argumentos de algunos críticos, o de sectores escépticos, al menos del grado de integración necesario, no siempre reciben un trato justo o son siquiera considerados en el libro. Este problema se repite en buena parte de la literatura sobre el tema. Los diversos autores de este volumen repiten por ahí y por allá algunas alusiones desdeñosas a algunos críticos o escépticos, por lo demás de aspectos muy circunscritos, del proceso de integración. Margaret Thatcher y Henry Kissinger, como es usual dentro del mundo académico, son las víctimas favoritas. Pero ¿es extraño que un proceso tan complejo tenga que despertar dudas en muchas de sus aristas? Y ¿no es que todo fenómeno histórico, por positivo que nos parezca, trae aparejados problemas y frustraciones, y también peligros?

Un problema no menor es que la integración europea ha señalado un camino en la extraordinaria capacidad de cooperación entre una vasta cantidad de países y representa una extraordinaria novedad en la historia, aunque no sea de manera absoluta (la Liga Anseática se cuenta entre el tipo de colaboración que podría tomarse como analogía remota). Sin embargo, pese a lo positivo que pueda decirse sobre la integración, no es posible hacer lo mismo respecto de su proyección en el mundo. La política exterior relevante aún es la de las potencias, Inglaterra, Francia, y crece un poco la de Alemania. Es posible que en muchas capitales europeas sea *chic* criticar la hegemonía de los Estados Uni-

dos, pero cuando queman las papas, como en la guerra de la ex Yugoslavia, la Unión Europea fue impotente, y tuvo que pedir la cooperación estadounidense. El PGB europeo en su conjunto no fue suficiente. ¿Cuál fue la razón? La pregunta merece urgentemente una respuesta fundamentada.

La integración europea es un proceso sencillamente colosal. Representa también la respuesta al tipo de “realismo” burdo que llevó a las “guerras civiles” europeas, los conflictos mundiales de 1914 y de 1939. Por ello, no hay que mirar con desdén las proclamaciones idealistas acerca de la integración –en lo que haya que integrarse– de los Estados modernos en sus respectivas regiones, por mucho que haya que despejar la paja del trigo.

Un precursor “idealista” de la integración europea fue el conde Richard N. Coudenhove-Kalergi (1894-1972), quien a la postre resultó estar más atento a las realidades que muchos adoradores del “realismo”. Su *Paneuropa*, de 1923, y el breve movimiento del mismo nombre a que dio vida, permanece como una de las luces en medio de la trayectoria tenebrosa que finalmente describiría el sistema internacional entre las dos guerras mundiales. Su obra aparece citada en muchas partes, pero en la práctica es inencontrable. Por ello, doble mérito de Ricardo Martín y Guillermo Pérez de haber hecho el esfuerzo para publicarla nuevamente, hacerla accesible al lector de habla española, y de haberla provisto de un prólogo erudito y completo.

Joaquín Ferrandois Huerta